

1 Primera estación: condena a muerte a Jesús.

Lector: *Te adoramos Cristo y te bendecimos.*

Todos: *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

¿Lo ves, alma cristiana? Está el injusto juez sentado en el tribunal, y en su presencia el Hijo de Dios, juez de vivos y de muertos, lleno de confusión y con las manos atadas como si fuera un delincuente, oyendo la más injusta y arbitraria sentencia. ¿Oh Jesús mío amantísimo! ¡Autor de la vida, condenado a muerte! ¡La inocencia y la santidad infinitas, condenado a morir en un infame patíbulo como el más terrible malhechor! ¡Qué amor tan grande el tuyo, y que ingratitud tan monstruosa la mía, pues cada día te condeno de nuevo a la muerte! ¿Y por qué? Por un placer sucio...por un mezquino interés...por un puntillo de honra...por un *qué dirán*.

Perdóname, Jesús mío; y por esta injusta sentencia, no permitas que sea yo condenado a la muerte eterna que merecían mis pecados.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Lector: *Pequé, Señor, pequé.*

Todos: *Ten piedad y misericordia de mí.*

Acompaña a tu Dios, alma mía,
cual vil asesino llevado ante el Juez,
y al autor de la vida contempla
por ti condenado a muerte cruel.

Dulce Redentor,
para mí era la pena de muerte;
ya lloro mis culpas y os pido perdón

**Madre afligida, de pena hondo mar,
logradnos la gracia de nunca pecar.**

2 Segunda estación: Jesús carga con la Cruz.

Lector: *Te adoramos Cristo y te bendecimos.*

Todos: *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

¿Y quieres; Jesús mío, llevar tú mismo, cual otro Isaac, el instrumento de suplicio? Estás cansado y sin fuerzas, tus espaldas y tus hombros están doloridos y rasgados por los azotes...la Cruz es larga y pesada... ¡Y cuánto no aumentan su peso mis pecados y los de todo el mundo! Con todo eso, la aceptas, la besas abrazándola y la llevas con admirable ternura por mi amor.

¿Y aborrecerás tú, pecador, la ligera cruz que Dios te envía? Querrás tú ir al Cielo por la vía de los placeres y los caprichos, yendo el inocente Jesús por el doloroso camino de la Cruz?

Reconozco mi engaño, Salvador mío: envíame trabajos y pruebas; que decidido estoy a no quejarme, por amor de un Dios que tanto padeció por mí.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Lector: *Pequé, Señor, pequé.*

Todos: *Ten piedad y misericordia de mí.*

Con la cruz de tus culpas cargado,
exhausto de fuerzas, camina tu Dios,
y al subir la pendiente le impelen,
por fuera, sayones; por dentro, tu
amor.

Dulce Redentor,
mis pecados tus hombros oprimen,
ya lloro mis culpas y os pido perdón.

**Madre afligida, de pena hondo mar,
logradnos la gracia de nunca pecar.**

3 Tercera estación: Jesús cae por primera vez.

Lector: *Te adoramos Cristo y te bendecimos.*

Todos: *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

No me extraña, Jesús mío, que caigas vencido por el enorme peso de la Cruz. Lo que me pasma y hace llorar a los ángeles de paz, es la bárbara fiereza con la que te tratan esos hombres inhumanos.

Si cae un simple borrico se le tiene compasión y le ayudan a levantarse. Pero cae el Rey de cielos y tierra, el que sostiene la admirable fábrica del Universo, y en lugar de mover a compasión, le insultan con horribles blasfemias, le maltratan y patean con inusitada violencia.

¿Y qué hacías, en qué pensabas entonces, Jesús mío? En ti pensaba pecador, por ti sufría con paciencia para librarte del sufrimiento. ¿Quieres maltratarme con nuevas ofensas? Aquí me tienes: descarga tú también fieros golpes sobre mí.-No; Jesús mío, no; antes morir que volver a ofenderte.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Lector: *Pequé, Señor, pequé.*

Todos: *Ten piedad y misericordia de mí.*

Con sus alas de nieve, los ángeles,
pasmados de espanto, cubrieron su
faz, bajo el tosco y pesado madero,
en tierra caído su Dios al mirar.

Dulce Redentor,
por mis culpas caísteis en tierra:
ya lloro mis culpas y os pido perdón

**Madre afligida, de pena hondo mar,
logradnos la gracia de nunca pecar.**

4 Cuarta estación: Jesús encuentra a su Madre.

Lector: *Te adoramos Cristo y te bendecimos.*

Todos: *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

¿Qué sentiste; Señora, al ver aquel trágico espectáculo? El pregonero vociferando la sentencia fatal; una multitud profiriendo insultos y blasfemias contra Jesús; los soldados en dos filas, y tu hijo en medio de dos ladrones. ¿Le conoces, Madre, amantísima? ¿Es ese tu hijo? ¿Aquel Hijo de Dios que con tanta alegría diste a luz en Belén? ¿Dónde están ahora los pastores y reyes que entonces le adoraban? ¿Qué se ha hecho de los ángeles que cantaban entonces himnos de alabanza? ¡Qué diferencia! ¡Sus ojos inundados de lágrimas y sangre, coronada de espinas su cabeza, todo él hecho una llaga!

¡Oh María, afligida entre todas las mujeres! ¿Oh madre desolada! ¡Oh Hijo, maltratado! ¡Oh Jesús! ¡Oh María! Perdonad a este ingrato, a este pecador, causa de tanta amargura.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Lector: *Pequé, Señor, pequé.*

Todos: *Ten piedad y misericordia de mí.*

Del Calvario subiendo a la cumbre
el reo Divino a su Madre encontró,
y una espada de filos agudos,
del Hijo y la Madre hirió el corazón.

Dulce Redentor,
yo esa herida causé a vuestra Madre:
ya lloro mis culpas y os pido perdón.

**Madre afligida, de pena hondo mar,
logradnos la gracia de nunca pecar.**

5 Quinta estación: Jesús ayudado por el Cireneo.

Lector: *Te adoramos Cristo y te bendecimos.*

Todos: *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Temen los verdugos que se les vaya a morir antes de llegar al Calvario, y no por darle algún alivio, sino por el deseo que tienen de crucificarle, buscan quien le ayude a llevar la Cruz. Había entonces en Jerusalén tantos millares de hombres, y sólo Simón Cireneo acepta hacer este favor y aun por fuerza.

¿Y así te pagan, Señor? ¿No fueron cinco mil los hombres que alimentaste con cinco panes tiempo atrás? ¿No fueron muchos los ciegos, los paralíticos y enfermo que sanaste? ¿Y nadie quiere llevarte la Cruz! ¡Oh misterio incomprensible! Muchos admiran tus prodigios y tu doctrina; más pocos gustan de padecer contigo.

Temán, pues, los enemigos de la Cruz, oigan a Cristo que dice. “El que no lleva mi cruz y me sigue, no puedes ser mi discípulo”.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Lector: *Pequé, Señor, pequé.*

Todos: *Ten piedad y misericordia de mí.*

Porque al monte con vida llegase,
los duros escribas, con saña infernal,
a Simón Cireneo alquilaron
que a Cristo ayudase la cruz a llevar.

Dulce Redentor,
yo también quiero ser Cireneo:
ya lloro mis culpas y os pido perdón

**Madre afligida, de pena hondo mar,
logradnos la gracia de nunca pecar.**

6 Sexta estación: La Verónica limpia su rostro de Jesús.

Lector: *Te adoramos Cristo y te bendecimos.*

Todos: *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

¡Qué valor el de esta buena mujer! Ve aquel rostro divino cubierto de polvo, afeado por los escupitajos, denegrido con sangre; y compadecida de lo que ve se quita la toca y abriéndose camino llega al Salvador y le limpia el rostro desfigurado.

¡Qué ejemplo de valentía para los cristianos, que por vano temor al *qué dirán* no se atreven a obrar bien! ¡Oh valiente Verónica, y cómo premia el Señor tu atrevimiento, dejando su rostro santísimo estampado en esa afortunada toca!

¿Quieres tú, cristiano, que Dios imprima en tu alma una perfecta imagen de sus virtudes? Pues huye de los respetos humanos y haz a menudo el Vía Crucis.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Lector: *Pequé, Señor, pequé.*

Todos: *Ten piedad y misericordia de mí.*

Con ternura y piedad la Verónica
el rostro sangriento de Cristo enjugó,
y en tres pliegues del lienzo, por
premio,
grabada la imagen llevó del Señor.

Dulce Redentor,
en mi pecho grabad vuestra imagen,
ya lloró mis culpas y os pido perdón.

**Madre afligida, de pena hondo mar,
logradnos la gracia de nunca pecar.**

7 Séptima estación: Jesús cae por segunda vez.

Lector: *Te adoramos Cristo y te bendecimos.*

Todos: *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Sí, Jesús cae por segunda vez con la Cruz. Nuevas injurias y golpes, nuevas crueldades, nuevos dolores y tormentos; y nuevos gestos de amor por parte de Jesús.

Parece que el infierno desahoga con él toda su rabia: pues ¿qué hará el Señor? ¿Se rendirá? ¿Hará como nosotros, que ante una ligera dificultad nos echamos para atrás? No, no: bien podrán decirle: *Si eres Hijo de Dios, bájate de la Cruz*; por eso mismo, porque lo es, permanecerá en ella hasta morir.

¿Y cuándo yo seré capaz de imitar tu heroica perseverancia? ¿De qué me servirá esforzarme en la virtud y llevar la cruz solo algún día? Cueste lo que cueste quiero, con tu divina gracia, amarte y servirte hasta morir.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Lector: *Pequé, Señor, pequé.*

Todos: *Ten piedad y misericordia de mí.*

Otra vez el Señor de los cielos
volvió, fatigado, el polvo a besar,
y otra vez los esbirros crueles
en Él desfogaron su ira y crueldad.

Dulce Redentor,
nunca más caeré en el pecado,
ya lloro mis culpas y os pido perdón.

**Madre afligida, de pena hondo mar,
logradnos la gracia de nunca pecar.**

8 Octava estación: Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén.

Lector: *Te adoramos Cristo y te bendecimos.*

Todos: *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

¡Qué amor tan grande! ¡Es capaz de olvidar sus fuertes dolores para acordarse de nuestras penas! Hijas de Jerusalén, dice a las piadosas mujeres que le seguían llorando: *no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos.*

Pero ¿puede haber algo más triste que la pasión y muerte del Hijo de Dios? Sí, cristiano; hay cosa más digna de lágrimas, y es el pecado. Pues el pecado es la única causa de pasión y muerte tan terrible; éste es el origen de todos los males. ¡Y no obstante, tú pecas con tanta facilidad! ¡Y ni te confiesas o lo haces con tanta tibieza! ¡Y vuelves a pecar! ¡Y pasas tranquilo días, meses, años y la vida entera, enredado en la culpa, cautivo del demonio, en desgracia de Dios!

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Lector: *Pequé, Señor, pequé.*

Todos: *Ten piedad y misericordia de mí.*

Vio Jesús que unas cuantas mujeres,
movidas a lástima, lloraban por Él,
y les dijo: “Llorad por vosotras,
piadosas mujeres, por Mí no lloréis”.

Dulce Redentor,
vuestras penas taladran mi pecho
ya lloro mis culpas y os pido perdón.

**Madre afligida, de pena hondo mar,
logradnos la gracia de nunca pecar.**

9 Novena estación: Jesús cae por tercera vez.

Lector: *Te adoramos Cristo y te bendecimos.*

Todos: *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

-¿Otra vez? ¿Tú, resplandor de la gloria del Padre, consuelo de los mártires, alegría del Cielo, caído en tierra, una, dos y tres veces? ¿No eres tú mismo también Dios?

-¿Y qué, hijo mío, no has pecado tú más de dos y tres veces? ¿No recaes cada día? ¿Por qué tan poca constancia? Hoy prometes y mañana olvidas: ahora me entregas el corazón, y un instante después ya no suspiras sino por egoístas deseos y peligrosos caprichos.

¡Yo caigo dos y tres veces para expiar tus infidelidades; caigo para sacarte de la mediocridad, caigo para que temerario no te expongas al peligro del pecado; caigo, en fin, para que no caigas en el abismo del infierno.

-Gracias, Dios mío, por tanta bondad, y por tan dolorosa caída, dame fuerzas para que me levante.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Lector: *Pequé, Señor, pequé.*

Todos: *Ten piedad y misericordia de mí.*

Con sus duras caídas, cristiano,
las tuyas pretende Jesús resarcir,
a tu Dios por tercera vez mira,
de polvo y de sangre cubierto por ti.

Dulce Redentor,
vuestro amor del infierno me libre,
ya lloro mis culpas y os pido perdón.

**Madre afligida, de pena hondo mar,
logradnos la gracia de nunca pecar.**

10 Décima estación: Jesús es despojado de sus vestiduras.

Lector: *Te adoramos Cristo y te bendecimos.*

Todos: *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Cuando te curan una herida, por fina que sea la venda que la envuelve, por mucho cuidado que tenga la más cariñosa madre, ¿qué dolor no sientes al despegarse la tela de la carne viva? ¿Cuál no sería, pues, el tormento de Jesús al quitarle las vestiduras? Como había derramado tanta sangre, estaba pegada a su cuerpo llagado: vienen los verdugos, y las arrancan con tanta fiereza, que llevan tras sí la corona, y hasta pedazos de carne que se les habían pegado. -¿Y en qué pensabas; Jesús, al verte desnudo delante de la muchedumbre?-En ti pensaba, pecador, en los pecados impuros que sin vergüenza cometes; por ellos ofrecía yo aquella afrenta y dolor.

Sabía cuánto te costaría privarte de aquel placer, romper con aquella mala influencia: por eso permití en mi cuerpo tan horrible carnicería.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Lector: *Pequé, Señor, pequé.*

Todos: *Ten piedad y misericordia de mí.*

Con furor los vestidos quitaron
del monte en la cumbre al paciente
Jesús,
y por no iluminar tanta afrenta
las puras estrellas negaron su luz.

Dulce Redentor,
ya no más liviandad ni impureza,
ya lloro mis culpas y os pido perdón.

**Madre afligida, de pena hondo mar,
logradnos la gracia de nunca pecar.**

11 Undécima estación: Jesús es crucificado.

Lector: *Te adoramos Cristo y te bendecimos.*

Todos: *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

¿Quién de nosotros tendría valor para sufrir que le atravesasen pies y manos con gruesos clavos? ¿Quién desearía eso si quiera para su peor enemigo? Pues ese atroz tormento sufre Jesús por nuestro amor. Ya lo tienden sobre el madero infame; ya enclavan aquella mano omnipotente que había formado los cielos y la tierra; ya brota un raudal de sangre. Mas esto es poco: encogido el cuerpo con el frío y los dolores, no llegan los pies y manos a los otros agujeros hechos de antemano en la Cruz: los atan, pues, con cordeles, y tiran de ellos con salvaje crueldad, desencajando de su lugar los huesos. ¡Qué dolor! ¡Qué suplicio!

Todo lo contempla su Madre: ningún alivio, ni una gota de agua puede dar a su Hijo: ¿y vive todavía? ¿Y no muero yo de dolor, pues mis pecados son la causa de tales tormentos?

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Lector: *Pequé, Señor, pequé.*

Todos: *Ten piedad y misericordia de mí.*

Ya, alma mía, en la cruz, duro lecho,
sus miembros sagrados extiende tu
bien,
y con clavos agudos taladran
los viles soldados sus manos y pies.

Dulce Redentor,
yo esos clavos clavé en vuestros
miembros,
ya lloro mis culpas y os pido perdón.

**Madre afligida, de pena hondo mar,
logradnos la gracia de nunca pecar.**

12 Duodécima estación: Jesús muere.

Lector: *Te adoramos Cristo y te bendecimos.*

Todos: *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Contempla, cristiano, a esos dos malhechores crucificados con el Señor. ¡Qué maldades no habría hecho el buen ladrón! Con todo eso, dice a Jesús: *Acuérdate de mí cuando entres en el Paraíso;* y oye al instante: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso.* ¡Qué bondad la de Dios! ¡Qué rápido, pecador, recobrarías la gracia y la amistad divina, si quisieses arrepentirte de verdad! Pero si dejas tu conversión para la muerte, teme no te suceda lo que al mal ladrón. ¿Qué hombre tuvo jamás mejor ocasión para convertirse? Dios derrama su sangre por él; tenía a sus pies a la abogada de los pecadores, María; a su lado estaba Jesús, el sacerdote más celoso del mundo, para ayudarle a bien morir; oye la exhortación de su compañero; ve toda la naturaleza estremecida; y con todo eso, muere como ha vivido, continúa blasfemando y se condena eternamente. ¡No permitas, Jesús mío, que sordo a tus inspiraciones divinas, deje yo mi conversión para la muerte.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Lector: *Pequé, Señor, pequé.*

Todos: *Ten piedad y misericordia de mí.*

Tiembla el orbe y el sol se oscurece
al ver en un palo expirar a su Dios,
rompe en llanto también tú, alma
mía,
pensando que muere Jesús por tu
amor.

Dulce Redentor,
mis pecados os dieron la muerte,
ya lloro mis culpas y os pido perdón

**Madre afligida, de pena hondo mar,
logradnos la gracia de nunca pecar.**

13 Décimo tercera estación: Jesús en los brazos de su madre.

Lector: *Te adoramos Cristo y te bendecimos.*

Todos: *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

¡Dónde iré, oh afligida Madre mía! Tu hijo ha muerto; y mis pecados son los verdugos que le enclavaron en cruz y le dieron muerte inhumana. ¡Infeliz de mí! Yo he apagado la luz de tus ojos y he extinguido la alegría de tu corazón. Sí; yo desfiguré ese rostro hermosísimo; yo taladré esos pies y manos que sostienen el firmamento; yo traspasé esa Augusta Cabeza, y abrí esas llagas; yo descoyunté ese cuerpo que tienes en tus brazos. ¡Soy culpable! Mas por monstruoso que sea mi delito, tú eres mi madre, y yo soy tu hijo.

Me arrojo a tus brazos con la más firme confianza. No me deseches, dulce refugio de los pecadores arrepentidos; mírame con ojos de bondad y ampárame ahora y en la hora de mi muerte.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Lector: *Pequé, Señor, pequé.*

Todos: *Ten piedad y misericordia de mí.*

De Jesús el cadáver sagrado
María llorando en sus manos tomó,
y con voz de dolor le decían,
“¿Quién muerte te ha dado, mi bien
y mi amor”.

Dulce Redentor,
respondedle que aquí está el
culpable
ya lloro mis culpas y os pido perdón.

**Madre afligida, de pena hondo mar,
logradnos la gracia de nunca pecar.**

14 Décimo cuarta estación: Jesús es sepultado.

Lector: *Te adoramos Cristo y te bendecimos.*

Todos: *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Mira, alma cristiana, cómo José de Arimatea y Nicodemo, postrados a los pies de María, le piden el cuerpo de su hijo muerto, y ungiéndolo con aromas, lo amortajan y lo ponen en el sepulcro. ¡Cuál sería el dolor de la Virgen! Sin duda, *grande era como el mar su quebranto* al ver a su Hijo ensangrentado, enclavado y expirando en un patíbulo infame. Ahora lo tuvo en sus brazos, aunque poco duraría el consuelo de tenerlo cerca. La losa le quita este corto consuelo. ¡Oh sepulcro afortunado! ya que encierras el adorado cuerpo del Hijo y el purísimo corazón de la Madre, guarda también con esas prendas riquísimas el pobre corazón mío.

Muera yo al mundo, Jesús mío, a sus pompas y vanidades, para que viviendo según tu espíritu, merezca resucitar y triunfar glorioso contigo.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Lector: *Pequé, Señor, pequé.*

Todos: *Ten piedad y misericordia de mí.*

En un frío y profundo sepulcro
los restos mortales guardáronse ya,
¡Triste Madre, cuán sola te quedas,
seré yo el consuelo de tu soledad!

Dulce Redentor,
yo a la Madre privé de su Hijo,
ya lloro mis culpas y os pido perdón.

**Madre afligida, de pena hondo mar,
logradnos la gracia de nunca pecar.**